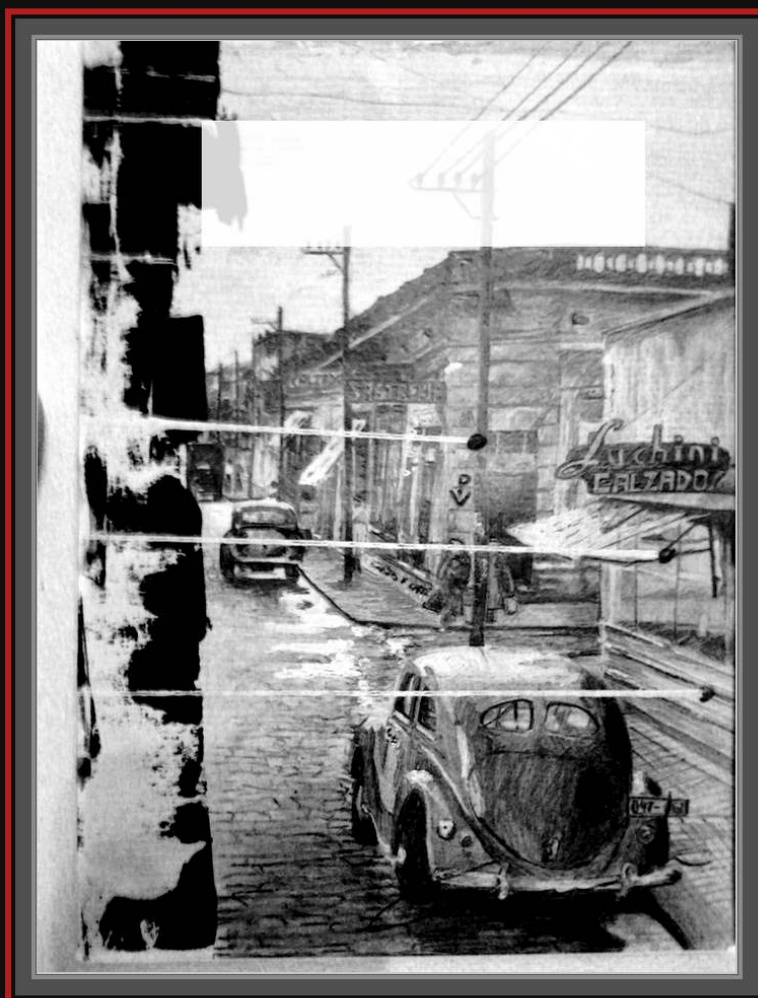


MENDÉ



LETRAS CARDINALES

Mendé, Alejandra

Letras cardinales. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : la porteña, 2013.

180 p. : il. ; 18x12 cm.

ISBN 978-987-28800-4-0

1. Narrativa Argentina. 2. Novela. I. Título

CDD A863

Fecha de catalogación: 09/10/2013

editorialallaportenia@gmail.com

ilustración camilo sapienza

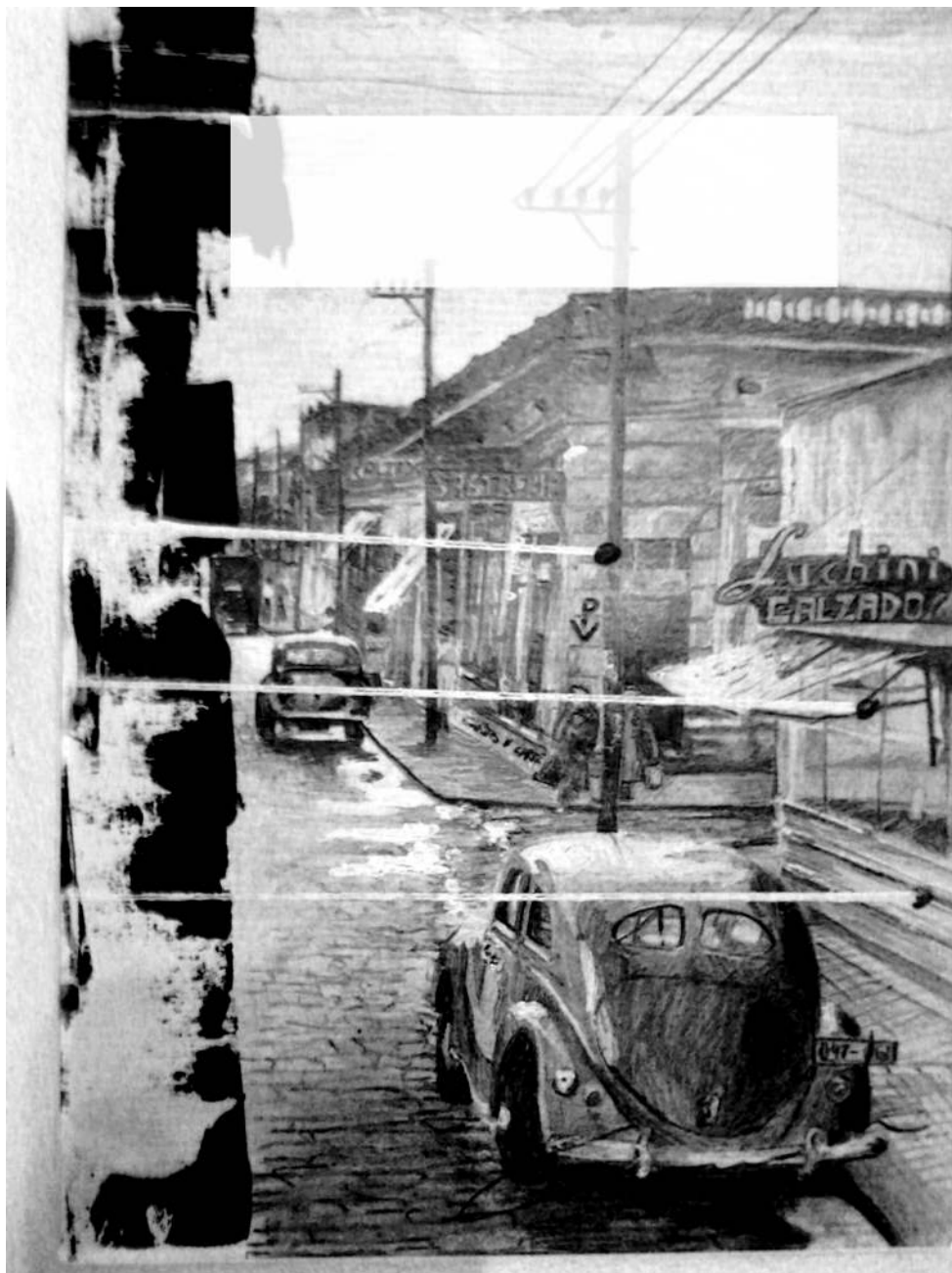
Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723 de los autores.

Impreso en Buenos Aires por Editorial La Porteña en el mes de octubre de 2013.

editorialallaportenia@gmail.com

La reproducción total o parcial de este libro, en cualquier forma, que sea, idéntica o modificada, escrita a máquina, por el sistema «multigraph», mimeógrafo, impreso, digital, etc., no autorizada por los autores, viola derechos reservados. Cualquier utilización debe ser previamente solicitada.

Cuadro de Tapa y viñetas



Autor. Camilo Sapienza

Técnica: Dibujo en lápiz.

Título: Época y ciudad.



A Mariana Contreras

A Ernesto Lascano

A Lucía Blanco

A Jorge Mendé

Sin prisa, sin estertores, sin movimientos dudosos
solo pueblo preciso, así conmigo, como razón de ser a que amanezca.

El río te fondea, me niega de lo tuyo y lo amenazo.



FRASES EN BLUES

"Pueden enterrar mi cuerpo al costado de la carretera, para que mi viejo espíritu malvado pueda tomar un colectivo Greyhound y seguir viaje."

Robert Johnson, "Me and the Devil Blues" (1938)



FRASES EN BLUES

Cruzó la calle sin prestar atención hasta el kiosco de Florida. Con el diario bajo el brazo sincroniza su reloj con el de la esquina. Miró su reflejo en una vidriera, buscó las llaves en el bolsillo del saco. Al llegar, en el piso había una nota. La levantó y fue hasta el sillón. El papel en la mano derecha. En el escritorio había trámites judiciales apilados. Era final de otoño. El cielo se recorta entre las cúpulas de los edificios del centro. Una melodía de jazz y tango subía entremezclada desde la avenida de Mayo hasta la Rivadavia angosta.

Titulares, 10 de mayo de 1982: La dictadura da pautas para las elecciones de octubre / En la Lotería de Beneficencia Nacional y Casinos se sortea la clase 65 / Sobre el reciente informe de la junta militar acerca de la lucha antsubversiva el comandante del II cuerpo de ejército exhortó a realizar una tarea de control de todos los resortes de la democracia para evitar cualquier tipo de rebrote. Por otra parte afirmó que se habían liberado 1500 subversivos que habían «cumplido condena» / El Papa admitió errores y abrió hoy una puerta a la posibilidad de que la iglesia revoque la condena de la inquisición pronunciada en 1633 contra el famoso astrónomo toscano Galileo Galilei, por su teoría de que la tierra gira alrededor del sol / La economía del Chaco está irremisiblemente quebrada, los perjuicios causados por las inundaciones.... hay evacuaciones en Formosa y Asunción, 10.000 evacuados en Concordia / Los expatriados que regresan advierten un cambio en la cara de Buenos Aires. Estos «regresados» comentan la abrumadora presencia de nuevos edificios en el microcentro / La selección de Carlos Bilardo entrena y se concentra en Ezeiza / Los guantes de Roldán muestran su potencia / Se roban un pura sangre.

Se refregó los ojos como de costumbre, para aliviar el peso de los lentes que le oprimían el entrecejo. La nota decía: «Julián: Conseguí Clásicos Griegos. Pasa por La Buhardilla. Ovidio Niro.» Ovidio – murmuró.

Un hecho los alió de forma especial y secreta. Momento recluso al olvido. Nunca hablaban de lo ocurrido, cuando surgía en la cabeza de alguno, rápidamente cambiaban de tema, deporte o lugar. Una manera efectiva de mantener el silencio.

Prendió un cigarrillo: «¡Clásicos Griegos! ... la puta que los parió...»

Estornudó tres veces. Del tercer cajón sacó un jarabe y le dio un trago: «carajo, este brebaje me va a matar o volver loco... bueno loco ya estoy...» y quedaba hechizado frente a la pared perdiendo toda referencia de tiempo y espacio. Estos raptos de perdición lo tenían acorralado a tal punto, que rezaba continuamente para que no le sucedieran. Decidió ir a verlo esa tarde. Hizo llamadas telefónicas, canceló entrevistas y se tomó el día.

El calor del sol era agradable y tenía ganas de caminar. Anduvo por Florida, Santa Fe, y siguió por Canning hasta Paraguay. Entre rostros que tarde o temprano no estarían más y serían otros por las mismas veredas, tras idénticas necesidades, apropiados de una nueva tragedia común o la misma. Entró al Varela Vareleta. Era el mismo bar de entonces, entró y esbozó imágenes anteriores que no había vuelto a ver, ni siquiera en los espejos, ni en la ficción, ni en los sueños, como si allí no se hubiera fijado el recuerdo, sostenía una sombra infinita, como un espectro vagabundo, de esa figura sin límite, que ya era parte de su propia piel hecha fantasma. Un trago: «¡Hay letras buscando tumbas!» La ginebra ya no ardía en los labios, terminó el vaso.

Salía y un grupo de jóvenes entraban ruidosos. «El tiempo cambia y no.» Y abandonó la esquina del bar con ganas de llegar a la librería.

Ovidio Niro quedó huérfano a los doce años. Su tío abuelo, Jeremías, dueño de un negocio literalmente oscuro sobre la calle Malabia de compra – venta y canje de libros usados, raros, agotados y de ocasión, se hizo cargo de sus estudios. El chico, sí, tenía que cumplir con algunas obligaciones en el negocio. Era la época de la Librería de Jeremías Niro y Asociados. A veces Ovidio subía y bajaba libros de los estantes. Cuando alguno le interesaba, se sentaba a leer en el piso. El viejo lo espiaba y se sentía orgulloso porque le gustaban los libros como a él. Nunca rezongaba, ni molestaba a Ovidio mientras leía. Lo dejaba tranquilo. Se retiraba en silencio, con respeto. Si el chico se dormía, miraba la página y lo dejaba sobre el mostrador. Le avisaba que era tarde y que era mejor dormir en la cama.

En las noches de nostalgia, el muchacho se levantaba en puntas de pie con una linterna en la mano. Tirado sobre el piso de madera de la librería se perdía en la lectura.

Con Julián se conocieron al comenzar el secundario. Eran opuestos. Uno tenía como premisa enfrentar su solitaria historia de huérfano con determinación frente a la vida, el otro, era temeroso, turbado y tímido.

Mariana vive en una de las cúpulas del barrio de la Merced. Suele acudir por las tardes a encontrarse con ellos. Pero es un tiempo de sobresaltos. La facultad de Ovidio cierra por tiempo indeterminado y se queda haciendo trabajos en la librería. Julián escribe poemas. Es raro que Mariana no los busque.

Es el 13 de Julio de 1976, ella no da señales. Se encuentran ellos dos y deciden ir hasta su casa. Mariana no contesta. El portero puede ser que no funcione. Alguien abre y entran. Suben por el ascensor y después por la escalera hasta la cúpula. La puerta está abierta, adentro hay vidrios rotos, los muebles están astillados, hay sangre en el sillón. Julián sube al mirador a buscar sus escritos (ella escribe en los boletos, en las servilletas de los bares, en las tapas de los cuadernos, en las paredes, en las puertas, en los espejos) hay papeles quemados. Ovidio busca las últimas telas (Mariana pinta extensos horizontes) hay algunas cortadas.

Se dan cuenta, tienen que salir de ahí cuanto antes. Y en el bar, esa sensación de N-A-D-A, N-A-D-A, N-A-D-A, están callados, perdidos en el mar de esa ausencia. Un vaso se cae y el vino se desparrama insolente sobre la silla vacía.

-Me las tomo. Me mando a mudar. Esto no se aguanta, che.

-Pero... ¿Qué decís?

-Me voy a cualquier parte, de paso conozco el mundo. Después de todo, no sólo se vive leyendo.

-¿Y...?

-Mirá, Jeremías me dejó la librería, la pongo en venta y con eso me voy. Te juro que lo hago.- Y lo prometió haciéndose una cruz con los dedos sobre la boca.

-No. Vos no vas a hacer eso, che.

-¿Qué no? Como que me llamo Ovidio Niro. Y vos tenés que pensar en rajar conmigo.

-No. Tengo que saber de Mariana y...

-No, Julián. ¿En qué mundo vivís? ¿No querés darte cuenta eh? Hay que olvidar, Julián. Esto no da para más y Mariana ya no...

Cruzan la Plaza Lavalle, van por Talcahuano y doblan en Tucumán hasta la escribanía. Hubo un comprador. Aunque la sucesión tuvo complicaciones porque los supuestos asociados de Jeremías Niro no existieron nunca. Finalmente fue el único heredero y van con Julián a concretar la venta. Están a dos cuadras y...

-No traje la escritura – dice y se agarra la cabeza.

Vuelven. Y en el camino las imágenes son inevitables, piensa en cómo separarse de los libros, de los estantes recorridos tantas veces con las manos llenas de polvo, del ruido de las roldanas deslizándose en la altura, o de las tardes perdidas en esas páginas de aventuras, juegos de palabras dulces con las que aún podía recordar la voz de los seres queridos, o más aún, en cómo no tener eclipsada la vida con el recuerdo de Mariana, si a cualquier lugar lo seguiría, con esa forma de belleza eternamente joven, con ese resplandor alojado siempre allí, en lo más triste del alma. Y por otra parte piensa en el boludo de Julián que se acomoda los lentes culo de botella cada dos minutos, porque no puede decir ni la mitad de lo que siente.

-Pará. Quedate ahí. Me parece que no me voy un carajo.

-Pero llegamos, che. Estamos a tiempo. Aparte no se van a ir corriendo.

-No, no se trata de ellos, sino de mí. No la vendo. Me quedo. Amordazado, pero en casa.

Y de un momento para otro decide que le va a cambiar el nombre.

-Se va a llamar «La Buhardilla». La cúpula se vuelve sótano, y a falta de Mariana, el nombre de la librería hace un remiendo.

La madre de Julián era Eva Muller. Nacida en Entre Ríos era la hija de colonos alemanes. Cuando nació Eva su madre murió de un espasmo después del parto y Frederick Muller, el viudo, no volvió a casarse. Cuidó la tierra en la que vivió y crió a su hija. Cuando Eva fue mayor, Frederick anhelaba que se case con un buen hombre.